

David Grann

El comandante yanqui

Una historia de amor y traición
durante la Revolución cubana

Traducción de
Sandra Caula

SUR^{BIG}



William Morgan siendo aplaudido por Fidel Castro. La Habana, 1959.
Foto: Archivo de Ramiro Lorenzo Vega



EL AMIGO FIEL

LA NOCHE HABANERA LO ocultó por un instante. Como si fuera invisible, tal como antes de llegar a Cuba, en plena revolución. Luego una ráfaga de focos lo iluminó: William Alexander Morgan, el gran *comandante*¹ yanqui. Estaba de pie con la espalda apoyada contra un muro lleno de impactos de bala en un foso vacío que rodeaba La Cabaña², una fortaleza de piedra del siglo XVIII sobre un acantilado con vistas al puerto de La Habana, ahora convertida en prisión. Unas manchas de sangre se secaban en el lugar donde un poco antes le habían disparado a su amigo. Morgan, de treinta y dos años, parpadeó ante las luces. Se enfrentaba a un pelotón de fusilamiento.

1 En español en el original. Salvo que se indique lo contrario, las notas son de la traductora.

2 Se refiere a la Fortaleza de San Carlos de la Cabaña, construida en el siglo XVIII en la entrada de la bahía de La Habana.

Los milicianos contemplaron al hombre a quien tenían orden de matar. Medía casi un metro noventa y tenía los brazos y las piernas recios de alguien que ha sobrevivido en el monte. Con la mandíbula definida, la nariz agresiva y el cabello rubio revuelto, su aspecto gallardo era el de un aventurero de una serie cinematográfica, como un regreso a los viejos tiempos; y sus fotografías habían aparecido en periódicos y revistas de todo el mundo. Las más seductoras —tomadas cuando luchaba en las montañas con Fidel Castro y el Che Guevara—, mostraban a Morgan con una barba indomable, empuñando un subfusil Thompson. Aunque ahora estaba afeitado y vestía ropa de presidiario, los verdugos lo reconocieron como el misterioso *Americano* antes aclamado como héroe de la revolución.

Era el 11 de marzo de 1961, dos años después de que Morgan ayudara a derrocar al dictador Fulgencio Batista y a llevar a Castro al poder. La revolución se fragmentaba desde entonces, sus líderes devoraban a los suyos, como Saturno, pero la visión de Morgan ante un pelotón de fusilamiento fue impactante. En 1957, cuando aún se pensaba que Castro luchaba por la democracia, Morgan viajó de Florida a Cuba, se adentró en la selva y se unió a la guerrilla. En palabras de un observador, Morgan

era “como Holden Caulfield³ con una ametralladora”. Fue el único estadounidense en el ejército rebelde y el único extranjero, aparte de Guevara —un argentino—, que alcanzó el rango de *comandante*, el más alto del ejército.

Después de la revolución, el papel de Morgan en Cuba fue mucho más fascinante, pues la isla se vio envuelta en la gran batalla de la Guerra Fría. Un americano que lo conoció dijo que fue el “principal intrigante” de Castro, y la revista *Time* lo llamó el “taimado doble agente [de Castro] nacido en Estados Unidos”.

Ahora Morgan estaba acusado de conspirar para derrocar a Castro. El gobierno cubano declaró que en realidad siempre había trabajado para la inteligencia de Estados Unidos, que era en efecto un triple agente. Morgan lo negó, pero hasta algunos de sus amigos se preguntaban quién era en verdad y para qué había ido a Cuba.

Antes de que lo sacaran de La Cabaña, otro preso le preguntó si podía ayudarlo de algún modo. Morgan le respondió: “Si salieras vivo de aquí, cosa que dudo, intenta contarle mi historia a la gente”. Morgan comprendió que estaba en juego algo más que su vida: el régimen cubano iba a distorsionar su papel en la revolución, si es que no lo eliminaba de

3 Protagonista de *El guardián entre el centeno*, de J. D. Salinger.

los registros públicos; y el gobierno de los Estados Unidos escondería los documentos que lo mencionaran en archivos clasificados, o los “sanearía” ocultando pasajes con tinta negra. Primero lo borrarían del presente y luego del pasado.

El jefe del pelotón de fusilamiento gritó: “¡Preparen!”. Los milicianos levantaron sus fusiles belgas. Morgan temía por su mujer, Olga —a quien había conocido en las montañas—, y por sus dos hijas pequeñas. Siempre supo doblegar las fuerzas de la historia y en el último momento rogó comunicarse con Castro. Morgan confiaba en que el hombre al que una vez llamó su “amigo fiel” nunca lo mataría. Pero ya los verdugos amartillaban sus armas.

EL PRIMER TRUCO

CUANDO MORGAN LLEGÓ a La Habana, en diciembre de 1957, lo incitaba la emoción de un secreto. Se aseguró de que no lo siguieran mientras se movía con sigilo por la capital, iluminada con luces de neón. La Habana, promocionada como la *Playland of the Americas*⁴, ofrecía una tentación tras otra: el Cabaret Sans Souci, donde, en escenarios al aire libre, bailarinas de amplias caderas se contoneaban bajo las estrellas al ritmo del chachachá; el Hotel Capri, cuyas máquinas tragaperras escupían dólares americanos de plata; y el Tropicana, donde huéspedes como Elizabeth Taylor y Marlon Brando disfrutaban de revistas fastuosas que protagonizaban las Diosas de Carne⁵.

4 El lugar de diversión de las Américas. La expresión se usaba en la publicidad estadounidense que promovía el turismo a La Habana.

5 Así se denominaba a las coristas del Tropicana.

Morgan, para entonces un joven regordete de veintinueve años, intentaba parecer solo uno de esos hombres que no necesitan trabajar. Llevaba un traje blanco de doscientos cincuenta dólares con camisa blanca y un par de zapatos nuevos. “Parecía un turista ricachón”, decía luego bromeando.

Pero, según miembros de su entorno cercano y el relato inédito de un amigo íntimo, Morgan evitó la resplandeciente vida nocturna de la ciudad y se abrió paso por una calle de La Habana Vieja, cerca de un muelle que ofrecía una vista de La Cabaña, con su puente levadizo y sus muros cubiertos de musgo. Se detuvo junto a una cabina telefónica, donde se reunió con su contacto, un cubano llamado Roger Rodríguez. Era un estudiante radical de pelo negro y bigote espeso; a Rodríguez la policía le había disparado una vez en una manifestación política y era miembro de una célula revolucionaria.

La mayoría de los turistas permanecían ajenos a las muchas iniquidades de Cuba, donde la gente vivía a menudo sin electricidad ni agua corriente. Graham Greene, que publicó en 1958 *Nuestro hombre en La Habana*, recordaría más tarde: “Disfruté del ambiente libertino de la ciudad de Batista y nunca me quedé el tiempo suficiente para darme cuenta del triste trasfondo político de los encarcelamientos arbitrarios y las torturas”. Morgan en cambio

sí se había informado sobre Batista, quien había tomado el poder en 1952 con un golpe de Estado: sabía cómo le gustaba al dictador sentarse en su palacio, comer suntuosas comidas y ver películas de terror, y cómo torturaba y mataba a los disidentes, cuyos cadáveres en ocasiones arrojaban a los campos, tras arrancarles los ojos o meterles en la boca sus testículos aplastados.

Morgan y Rodríguez reanudaron el paseo por La Habana Vieja y comenzaron una conversación furtiva. Rara vez iba sin un cigarrillo, solía comunicarse a través de una nube de humo. No sabía español, pero Rodríguez chapurreaba inglés. Se habían conocido en Miami, se hicieron amigos y Morgan pensaba que podía confiar en él. Le reveló que planeaba colarse en la sierra Maestra, una cadena montañosa en la remota costa sureste de Cuba, donde los revolucionarios se alzaban en armas contra el régimen. Su intención era alistarse con los rebeldes, comandados por Fidel Castro.

El nombre del enemigo mortal de Batista causaba el sobresalto de lo prohibido. El 25 de noviembre de 1956, Castro, abogado de treinta años e hijo ilegítimo de un próspero terrateniente, proyectó una invasión anfibia a Cuba desde México, junto con ochenta y un autodenominados comandos, entre ellos el Che Guevara. Después de que su

maltrecho barco de madera encallara, vadearon aguas que les llegaban hasta el pecho y desembarcaron en un pantano cuya enmarañada vegetación les desgarró la piel. El ejército de Batista no tardó en tenderles una emboscada y Guevara recibió un disparo en el cuello (el Che escribiría después: “Enseguida empecé a preguntarme cuál sería la mejor manera de morir, ahora que todo parecía perdido”). Solo escaparon una docena de rebeldes, entre ellos el herido Guevara y el hermano menor de Castro, Raúl, y exhaustos y delirando por la sed —uno se bebió su propia orina— huyeron a las escarpadas selvas de la sierra Maestra.

Morgan le dijo a Rodríguez que seguía los avances del levantamiento. Después de que Batista declarara por error que Castro había muerto en la emboscada, Castro permitió que escoltaran a la sierra Maestra a un corresponsal del *Times*. Matthews, amigo íntimo de Ernest Hemingway, no solo anhelaba cubrir los acontecimientos que cambiaban el mundo; también quería hacerlos realidad, y quedó cautivado por el líder rebelde, alto, de barba salvaje y con un puro encendido. “La personalidad de este hombre es avasallante —escribió Matthews—. He aquí un fanático educado y comprometido, un hombre de ideales, de coraje”. Matthews concluyó que Castro tenía “fuertes ideas

de libertad, democracia, justicia social, la necesidad de restaurar la Constitución”. El 24 de febrero de 1957, su reportaje apareció en la portada del periódico; el aura romántica de la rebelión creció. Matthews lo expresó así más tarde: “Una campana dobló en las selvas de la sierra Maestra”.

Aun así, ¿por qué un estadounidense estaría dispuesto a morir por la Revolución cubana? Cuando Rodríguez lo presionó, Morgan le dijo que quería estar del lado del bien y al borde del peligro, pero también quería algo más: venganza. Le contó que los soldados de Batista asesinaron a un amigo suyo, norteamericano, que visitó La Habana. Más tarde, Morgan dio más detalles a otras personas en Cuba: a su amigo, un hombre llamado Jack Turner, lo sorprendieron contrabandeando armas para los rebeldes, y Batista “lo torturó y arrojó a los tiburones”.

Morgan le dijo a Rodríguez que ya estaba en contacto con otro revolucionario, quien había hecho arreglos para colarlo en las montañas. El cubano se quedó de piedra: el supuesto rebelde era un agente de la policía secreta de Batista. Rodríguez lo alertó, era una trampa.